



www.loqueleo.com/ec

© 2003, Edna Iturralde

© De esta edición:

2018, Santillana S. A.

Calle De Las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Av. Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-31-096-5

Derechos de autor: 018523

Depósito legal: 002496

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Septiembre 2003

Primera edición en Loqueleo Ecuador: Octubre 2018

Novena impresión en Santillana Ecuador: Octubre 2018

Ilustraciones: Pablo Pincay

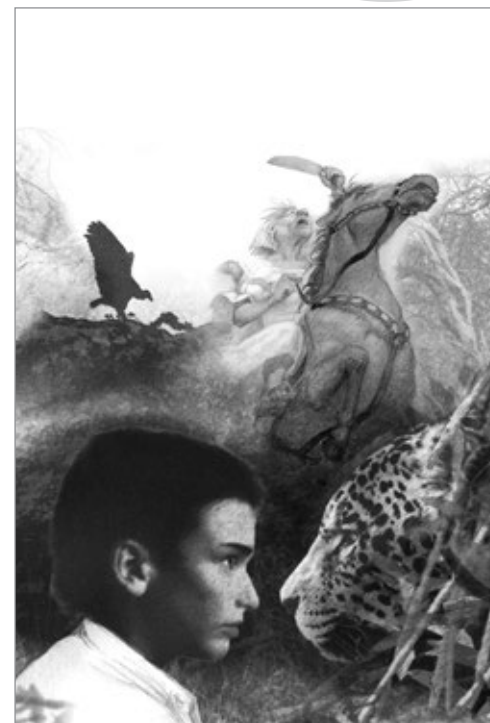
Diseño de la portada: Kaloyan Amores

Diagramación: Sandra Corrales

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

J. R. Machete

Edna Iturralde



loqueleo

Dedicatoria

*En homenaje a todos los niños
y niñas de la cultura montuvia.*

*Para mi mamá,
por enseñarme a ser valiente
y por esa fe incondicional
que tiene en mí.*

Agradecimientos

*A mis hermanas de la Costa:
Jenny Estrada de Guayas,
Tatiana Hidrovo de Manabí
y Mina Bustamante de Los Ríos,
por guiarme generosamente con su sabiduría.*

*Y a Rubén Caicedo Carriel, Vicente Fuentes Ullón y
María Magdalena de Fuentes,
Sergio Cedeño Amador y Gloria Paulson de Cedeño,
Clara Medina Rodríguez, Pedro Saad Herrería,
Diego Cordovez y Eliana de la Paz de Cordovez,*

*Hugo Mata Ordóñez,
Sucre Pérez y Gracia María de Pérez,
Guido Garay Machuca,
padre Hugo Vásquez y Almazán,
Antonio Gómez Iturralde,
Wilman Ordóñez Iturralde,
Horacio Hidrovo Peñaherrera,
Raymundo Zambrano, Ricardo de la Fuente,
padre Benjamín Respaldiza, Ignacio Ortiz Cedeño,
Gloria Escobar, Felipe Ullón,
Rosa Envida Gómez Zambrano, Teodora Quinto,
Melinda Gurumentí, Hernán Pozas Núñez,
Manuel Rodríguez Morales,
Maricela Rodríguez Hidalgo, Silvia Hidalgo Coello,
Yamil Coello Pereira, Anunciata Barco de Muñoz,
Hermes Barco Unamuno, Gloria Escobar Andrade,
Vicente Zambrano Vélez, Teodora
y Margarita Cano Laaz, José Cristóbal Loor,
Nicolás Valentín Aguirre, Gregoria Loor,
Miguelina Ibarra Castillo, Luz Mosquera de Pérez,
Segundo Pérez Mesa, Eumenia Álava,
María Luisa Intriago, Walter Mendoza Montesdeoca,
Jorge Sabando Vera.*



*Quisiera que fuéramos ríos
para bajar de las cumbres andinas por los páramos,
unirnos en la planicie (bordeando la sabana),
atravesar la cordillera costanera
y continuar juntos por el mismo cauce hasta el mar.*

Índice

Muestra
promocional

Prohibida
su venta

© Santillana

Prólogo.....	13
El nido de lagartos.....	19
Un mal presagio.....	27
Crispín Cerezo.....	37
El plan.....	47
El misterio del Descabezado.....	51
Peligro en la finca.....	59
Letras en un baúl.....	66
Un encuentro misterioso.....	71
Entre cohetes y gallaretas.....	77
Aventura en Vines.....	85
Con los Chapulos.....	92
Libertad o muerte.....	101
La fiesta.....	107
Un coronel curioso.....	114

Héroes del Maculillo.....	118
Una misión importante.....	125
El rey de los gallinazos.....	131
Con los Montoneros.....	139
La emboscada.....	148
Equis, el Toro.....	153
A bordo del Alajuela.....	158
En un barril.....	164
El llamado de los espíritus.....	169
La diosa Umiña.....	175
El viaje de regreso.....	183
La huella de los valientes.....	189
Bibliografía	201
Biografía.....	205
Cuaderno de actividades	207



De la semipenumbra de una huerta cacaotera, con su machete al cinto y su elegante sombrero de mocora, salen nuestros gallardos montuvios, y a galope tendido sortean el lodo de las trochas, vadean esteros correntosos, atraviesan verdes pampas retando al viento, para dar la bienvenida a este libro, en cuyas páginas, la fértil imaginación de Edna Iturralde fusiona la ficción con importantes pasajes de nuestra historia republicana, situados cronológicamente a fines del siglo XIX. 13

Tal como lo hizo en sus anteriores producciones literarias, la autora ha dejado las comodidades del entorno citadino; esta vez para adentrarse en la región húmeda y tropical del Litoral ecuatoriano, correspondiente

14 a la cuenca del Guayas, donde sus personajes se mueven con absoluta familiaridad por las zonas montuvias de las provincias de Guayas, Los Ríos y Manabí. Y, subyugada por la grandiosidad de tan lujuriente escenografía, va trasmitiéndonos con su fluida narrativa el impacto que sus propios sentidos experimentaron al descubrir todo un mundo de impresionante belleza natural, en cada árbol, en cada trino de pájaro, en cada amanecer a la orilla de los ríos costeños; al tiempo que comprueba la vigencia de elementos culturales recabados en sus diálogos con gente de aquellos lugares, por donde penetró en busca de costumbres y tradiciones campesinas, mientras apreciaba la trascendencia de los quehaceres cotidianos.

A ese territorio montuvio, magníficamente descrito, pertenece el protagonista central de la novela, Juan Rodolfo Mendoza, un niño que desde su más tierna infancia absorbió de sus antepasados los valores que al crecer defenderá con su vida si es preciso: el respeto a la

integridad del ser humano, el derecho al trabajo y a la familia, a la libertad y a la justicia. Ideales del Viejo Luchador que soñó con un Ecuador en el que negros, indios, cholos, montuvios, blancos y mulatos, cobijados bajo la misma bandera, aprendamos a respetarnos y hermanarnos, para sentirnos integrantes de la patria mestiza.

1884 es el año que la autora determina como punto de partida de su narración, vinculada a las luchas liberales que sustentan el andamiaje de la obra y marcan el ritmo de la acción. Merced a una concienzuda investigación bibliográfica, hechos y personajes poco estimados en los textos de historia nacional, como los Chapulos y los Montoneros, en cuyas filas destacaron aguerridos hombres y mujeres de nuestro pueblo junto con los líderes revolucionarios que los comandaron, se incorporan a la trama con el mérito que les pertenece. Ello permite que los lectores de edad adulta (padres y maestros) y los de corta o mediana edad (niños y jóvenes) accedan, por igual, al conocimiento y

15

comprensión de importantes capítulos de una etapa generadora de grandes cambios para la marcha del país.

16 Todo ello gracias al hábil manejo de la ficción, con la cual Edna Iturralde hace que las leyendas y los mitos montuvios cobren vida y que los personajes de la vida real se abracen con los que brotan de su imaginación, para recrear la peripecia humana en un escenario de proporciones fantásticas, en el que, del modo más natural, J. R. Machete (sobrenombre adoptado por el pequeño protagonista) y ña Ninfa Carriel, su abuela, disfrazada de viejo sordomudo, se suman a los contingentes revolucionarios y van de aventura en aventura hacia las tierras de Manabí. En el trayecto, el niño (protegido por el Guaraguao y el Manchado) sortea serios peligros, y en los momentos de tregua dialoga familiarmente con los héroes de la Revolución Liberal. El momento culminante es su encuentro con el general Eloy Alfaro, de quien recibe el máximo ejemplo de

valor y patriotismo, que grabará para siempre en su corazón.

Cautivada por la magia de las palabras, he quedado gratamente impresionada con la lectura de este libro que rescata elementos de identidad cultural y revaloriza hechos históricos trascendentes, dejándonos un profundo mensaje de esperanza, y permitiéndonos vislumbrar el camino correcto para acercar a niños y niñas al conocimiento de nuestra historia, utilizando el poderoso y siempre atractivo vehículo de la literatura.

Felicitaciones a la autora y a la editorial que respalda su tarea. *J. R. Machete* está llamado a figurar entre los clásicos del género en Ecuador y en cualquier país de habla hispana.

Jenny Estrada Ruiz
Historiadora

El nido de lagartos



En el mes de noviembre de 1884, una tarde perezosa se deslizaba lentamente sobre el río Poza Seca, al sur de Vinces. Un viento travieso (con pretensiones de modisto) vistió las aguas de tonos anaranjados con las flores de los paloprietos que crecían en la orilla. 19

Un niño montuvio, de unos doce años, de tez tostada y ojos de color castaño claro, observaba desde una balsa de caña una de las orillas del río. En algún lugar, escondido bajo la arena, había un nido con huevos de lagarto.

Se limpió el sudor de la frente en su pantalón blanco de algodón y se sonó la nariz. De inmediato, miró asustado a su alrededor y se arrepintió de haber hecho tanto ruido. Era conocido que los lagartos tenían el oído muy

fino y la madre lagarta¹ posiblemente se encontraba cerca.

20 Juan Rodolfo Mendoza contempló la orilla opuesta. Allí, en una hondonada del río llamada *bolichón*, donde los niños acostumbraban bañarse, se zambullía una niña de largas trenzas oscuras. El muchacho suspiró resignado. Era Clara, ahijada de su abuela. Vivía en Guayaquil pero estaba de visita en el campo, y era la causante de que el muchacho se encontrara sobre la balsa, en aquel lugar del río, tratando de cazar un pequeño lagarto.

De pronto, sintió un remezón por debajo de la balsa como si hubiera chocado contra algo, pero... sabía que ese no era un sitio rocoso. Al sentir un nuevo golpe no le quedó la menor duda: ¡era la madre lagarta! Miró con terror una cola negra que aparecía en la superficie del río y lanzó un grito para alertar a Clara, que salió del agua.

1 Nombre con que se conoce al cocodrilo en la Costa.

De una potente dentellada, la lagarta movió la balsa y el niño se lanzó al agua.

—¡Cuidado, Juancito! ¡Nada rápido!
—gritó la niña.

El agua que chorreaba de su camisa azul, con el que se bañaban las niñas de esa época, formaba un charco en la arena.

Por fortuna, el hocico del animal se había enredado con las lianas que amarraban la balsa y esto dio tiempo al muchacho para ponerse a salvo.

Ya en la orilla, Juan Rodolfo sacudió sus cabellos negros. De pronto, vio que un enorme lagarto salía del río a pocos pasos de él. Entonces, corrió y subió a un árbol de guayabo y asustó a un grupo de loras que volaron armando un gran alboroto.

Mientras tanto, Clara se acercaba en otra balsa.

—¡No te acerques, Clarita! ¡La madre lagarta está furiosa!